

Julio Caro Baroja

Las brujas y su mundo

Presentación de Francisco J. Flores Arroyuelo



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1966
Tercera edición: 2015
Quinta reimpresión: 2024

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Herederos de Pío Baroja y Julio Caro Baroja
© de la presentación: Francisco J. Flores Arroyuelo
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1966, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-9800-7
Depósito legal: M. 430-2015
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Presentación, por Francisco J. Flores Arroyuelo
19	Prólogo
Primera parte	
29	Capítulo 1. Sobre una concepción primaria del mundo y de la existencia
50	Capítulo 2. La caracterización de la hechicera antigua, greco-latina
82	Capítulo 3. Cristianismo, Paganismo y Hechicería
105	Capítulo 4. La diosa de las brujas
118	Capítulo 5. La participación del Demonio
132	Capítulo 6. La imagen del Sabbat
158	Capítulo 7. La crisis renacentista
176	Capítulo 8. El delito de Brujería en su forma definitiva
190	Capítulo 9. El espíritu de algunas declaraciones
202	Capítulo 10. Brujería y posesión demoníaca
Segunda parte	
217	Capítulo 11. La Brujería vasca en el siglo XVI
234	Capítulo 12. Los grandes procesos de comienzos del siglo XVII en el País Vasco
253	Capítulo 13. Las brujas de Zugarramurdi

265	Capítulo 14.	Consecuencias teóricas y prácticas del proceso de las brujas de Zugarramurdi
277	Capítulo 15.	La Brujería vasca después de los grandes procesos
289	Capítulo 16.	La gran crisis
300	Capítulo 17.	La época de las Luces
309	Capítulo 18.	Arte y literatura en torno a la Brujería
323	Capítulo 19.	Una exploración en ciertas conciencias actuales
344	Capítulo 20.	Sobre algunas interpretaciones modernas de la Brujería
369	Notas	
415	Registro de obras consultadas	

Presentación

Julio Caro Baroja, en las páginas de introducción a *Las brujas y su mundo*, al dar una explicación de la génesis de este libro, se remontó en su memoria a las impresiones que le causaron en los años de su primera juventud aquellas tierras fronterizas del Bidasoa en que se encontraba su casa familiar, con la gran biblioteca y los mil recuerdos de épocas que poco a poco percibía que se iban difuminando en un pasado que parecía condenado a ser olvidado. También, por contraste bien marcado, pues se sabía y se sentía hombre de una gran ciudad como Madrid, le llamaron la atención en manera suma las formas de vida que secundaban las mujeres y los hombres que moraban en el mismo pueblo de Vera y en los numerosos caseríos diseminados por los montes y valles próximos, y que se diferenciaban notablemente, no sólo de las de la vida urbana, sino de las de los pueblos industrializados que quedaban relativamente próximos. La forma que éstos tenían de concebir la existencia, sus pensamientos, permanecían encadenados o, al menos, en plena concordan-

cia con la naturaleza que les rodeaba y, por consiguiente, con épocas que había que contemplar como pretéritas.

Fruto de estas observaciones y recuerdos y de sus primeros trabajos como etnógrafo, Caro Baroja escribió un libro titulado *La vida rural en Vera de Bidasoa*, que se publicaría en 1944. En él, en la parte dedicada a estudiar la religiosidad popular de dicha comunidad, reveló que había iniciado un trabajo en el que se proponía analizar el problema de la brujería vasca, lo que suponía adentrarse en un laberinto en el que la realidad tangible conllevaba una concepción mágica de la existencia que se había prolongado en el tiempo.

La constatación de que el hombre desde el momento en que llega al mundo se ve condicionado por unas formas, individuales y sociales, de religiosidad popular, llevó a Julio Caro Baroja a preguntarse: «¿Cómo se puede ser religioso en una circunstancia concreta?».

Ante todo, se hacía necesario romper con la creencia errónea de que todos los habitantes de un estado o nación presentan idénticas formas de religiosidad. Bastaba con profundizar un poco para encontrarse con unas complejas y ricas variantes que había que enfocar objetivamente, pero también desde nuevas perspectivas. La fe, que en definitiva es un sentimiento, no podía ser contemplada a la luz de las ideas sostenidas por teólogos o juristas, por muy profundas y estructuradas que se presenten. Era necesario tener en cuenta a los moralistas, a los hombres de acción, a los mercaderes, a los labriegos o a los que han buscado a Dios a través de procesos místicos.

Las ideas y hechos que mostraban la *realidad religiosa española* en su dimensión humana durante los siglos XVI y XVII fueron condensados por Julio Caro Baroja en su libro *Las formas complejas de la vida religiosa*, aparecido en 1978, uno

de los trabajos más destacados y representativos de su manera de obrar como historiador y antropólogo.

Estos métodos ya habían sido puestos en práctica por este autor en su obra *Las brujas y su mundo*, con la que se había adentrado en el terreno de la heterodoxia religiosa. Su aproximación a este ámbito opaco, misterioso y cerrado de la brujería había comenzado con la lectura de libros que su tío, el novelista Pío Baroja, había ido reuniendo en Itzea, su casa de Vera de Bidasoa. Entre ellos, destacaban los del inquisidor francés Pierre de Lancre, que había actuado en las persecuciones contra los acusados de haber tomado parte, en 1610, en los aquelarres de Zugarramurdi. La conducta de los campesinos de ambos lados de los Pirineos que en ellos participaron ponía al descubierto un conjunto de ideas y supersticiones, en apariencia paganas, que habían pervivido en aquel medio rural.

Entre otras importantes lecturas, pueden señalarse los escritos de Pedro de Valencia, los de los autores que valoraban en sus justos términos la actuación del inquisidor español Adolfo Salazar y Frías, las consideraciones críticas o burlescas del padre Feijoo y de los ilustrados del siglo XVIII (Leandro Fernández de Moratín y Jovellanos a la cabeza) y las pinturas y grabados de Goya.

En todo este inquietante universo, en el que el Diablo siempre aparecía en lucha abierta con la Divinidad, y que se presentaba plagado de luces y sombras contradictorias, comenzaron a mostrarse con nitidez las brujas, figuras arquetípicas que se remontaban a la antigüedad, pero que habían pervivido hasta hacía pocos siglos en la alta Navarra y que, incluso, habían dejado huellas en la memoria de muchos de sus contemporáneos.

En los años cincuenta, Julio Caro Baroja, tras una estancia en Londres, donde pudo consultar una amplia bibliografía

sobre las brujas, y después de analizar cómo habían sido tratadas éstas durante el siglo XIX, sobre todo por los escritores románticos, inició una serie de trabajos y de reflexiones que lo llevaron a la realización de la obra que comentamos.

Lo primero que constató fue que era errónea la creencia generalizada de que las brujas, conocidas y admitidas como *Las sacerdotisas del Diablo*, llevaban a cabo una serie de acciones reprobables que, a su vez, dependían de las circunstancias históricas y de la cultura de los diferentes países en que habían existido. Para Julio Caro Baroja, la bruja, como personaje arquetípico, se había mantenido fiel a sí misma y sin cambios notables a través del tiempo. Sus actuaciones siempre se habían desarrollado dentro de unas mismas fronteras reales y mentales.

El autor pronto se convenció de que las líneas maestras de su investigación debían centrarse en la concepción que las brujas tenían *de lo real* y en las características y perfiles que habían atribuido al mundo en que vivieron.

Para ello se hacía imprescindible una criba de los variados y contradictorios testimonios que, muchas veces bajo coacción, prestaron en su momento y de las muchas interpretaciones partidistas de jueces e inquisidores. No era tampoco secundario que los testigos de los procesos de brujería procedieran de una sociedad dominada por el miedo, un sentimiento que enquistaba el espíritu y que podía llevar a la mentira y al perjurio.

Las brujas y su mundo, el libro en el que se plasman los novedosos hallazgos metodológicos de Julio Caro Baroja, comprende dos partes bien diferenciadas, pero que se complementan y forman un todo armónico.

En la primera, más conceptual y precisa, el autor se centra en la presencia del pensamiento mágico y de la hechicería en

el mundo antiguo, así como en la actitud ante estos fenómenos del cristianismo. El Diablo, caracterizado negativamente durante la Edad Media, dio lugar en el Renacimiento a la creación de una especie de pseudociencia en la que se le presentaba con perfiles más benévolos. Así, este ser, que había infundido terror y que había conducido a las mayores abyecciones, pasó a convertirse, sobre todo en el mundo rural, en un símbolo protector para los que, en medio de la noche y el misterio, buscaban una reparación para sus cuitas e incertidumbres. En las encrucijadas de los caminos o en otros lugares considerados idóneos, comenzaron a congregarse las hechiceras y las brujas, los magos y hasta los condenados a las penas infernales. Cientos de relatos y leyendas nos han referido las relaciones de algunas personas con este personaje lascivo y maligno, al que, lo mismo que al Buen Dios en el cielo, o a su representante en la tierra, el rey, se representa como figura máxima de una corte en la que los súbditos y seguidores recibían amparo y protección a cambio de una sumisión absoluta. Como en otras relaciones humanas, el pacto se sellaba con una gota de sangre, como fue habitual en la Antigüedad tardía y en la Edad Media —es, por ejemplo, el que se llevó acabo entre el Demonio y Teófilo—, o con otras fórmulas, como revelan los pactos de Proterio, referido a la vida de San Basilio, Antermio, Silvestre III, etc. Todo esto condujo a que muchos hombres y mujeres se desnaturalizaran del Sumo Hacedor y pasaran a servir a su antagonista, el Diablo.

Sin embargo, al historiador, como nos recuerda Julio Caro Baroja, le resulta problemático valorar los documentos, por otra parte muy raros, en los que se especifica que hubo gentes con voluntad expresa de rendir vasallaje a tan extraño señor. Siempre resultará difícil explicar cómo algunas gentes

podieron abandonar voluntariamente el servicio de Dios para entregarse a un ser de aspecto tan horrible como se encuentra en muchos de los relieves con que se decoraron las iglesias románicas. Se hacía también muy arduo calibrar la veracidad y el alcance de las acusaciones sobre esta corte de adoradores del diablo, que muchas veces obedecían a rencillas y enfrentamientos personales.

Más asequible le resultó a este autor el análisis de las doctrinas que sobre esta materia se habían ido configurando con todo lujo de detalles a partir del siglo XIII y que determinaron la configuración de un cuerpo doctrinal que permitía el dictamen preciso de las autoridades. Una pretenciosa pseudociencia, la *Demonología*, y un código, el llamado *Malleus maleficarum*, o *Martillo de las brujas*, constituyeron el final de este proceso.

En la segunda parte del libro, Julio Caro Baroja pasa a estudiar con puntualidad la brujería vasco-navarra desde su aparición, a mediados del siglo XV, hasta finales del siglo XVI, en que presuntamente se produjo una larga serie de acontecimientos terribles y hasta grotescos que al final dieron lugar a las persecuciones, tanto en Francia, por el Tribunal de la Inquisición de Burdeos, como en España, por el Tribunal Inquisitorial de Logroño. Paso a paso se nos va detallando la estructura de la supuesta secta bruja que tuvo su foco en Zugarramurdi, una pequeña aldea situada en la línea con Francia, tal como se desprende de lo expuesto en el auto de fe de 1610. Hay que añadir que, a diferencia de lo ocurrido en Burdeos, el inquisidor Salazar y Frías actuó en Logroño de forma más comprensiva, racional y piadosa.

A continuación, Julio Caro Baroja ordena e interpreta las reacciones a que dio lugar este proceso de Zugarramurdi, tanto de las fundadas en intereses materiales como de las de

carácter ideológico. Especial atención merecen los tratados del jesuita padre Spé y de autores como Gassendi y Malebranche, que, en gran medida, vinieron a preludiar la crítica corrosiva de los ilustrados del Siglo de las Luces.

Las brujas y su mundo es un obra clave para los que quieran enfrentarse con el hecho histórico de la brujería en nuestro país. En él, además, se iluminan zonas oscuras de los países europeos. El puritanismo extremo que imperaba en algunos de ellos multiplicó las situaciones dolorosas y el número de los ajusticiados en las piras.

En definitiva, este libro ejemplar va esclareciendo zonas oscuras y mal conocidas de la vida española y europea del pasado. Frente a las divagaciones exculpatorias de otros historiadores, Julio Caro Baroja expone, en toda su crudeza, una realidad dolorosa, en la que confluyeron los intereses y las pasiones más enconadas.

Francisco J. Flores Arroyuelo

Las brujas y su mundo

Prólogo

1. Explicación personal sobre el origen de este libro

Este libro es, en gran parte, consecuencia de recuerdos y pensamientos de la niñez y de la primera juventud del autor. En efecto, si aquellas fases decisivas de su vida no hubieran estado vinculadas a un país determinado, no hubiera contado con mayores razones para escribirlo.

Allá entre 1920 y 1930 las lindes de España y Francia por el País Vasco eran muy frecuentadas por toda clase de gentes. A los turistas o a los veraneantes que se asentaban en Biarritz, San Juan de Luz o San Sebastián, podía parecerles que no tenían ya mucho carácter tradicional. Pero los que estaban más hondamente relacionados con aquellas tierras sabían que en los caseríos dispersos por valles y montañas cercanos a las playas de moda, vivían personas y aun familias enteras, cuyas ideas no se hallaban en consonancia con las que en aquel momento primaban en la mente de las poblaciones aludidas y de otras, más bien industriales, de la misma área.

En efecto, algunos campesinos vascos, escudados en su misterioso idioma, seguían poseyendo una imagen del mundo de aspecto arcaico; y cuando uno se llegaba a interesar por ellos y a no considerarlos como puro signo de rusticidad, percibía los acentos misteriosos a veces, líricos otras, burlescos también en ocasiones, de que estaba henchida tal imagen.

Aún no había pasado yo de la adolescencia a la juventud cuando a unos cientos de metros de casa tuve ocasión de conversar con personas ya ancianas (nacidas entre 1850 y 1860) que podían ser consideradas como ejemplos destacados de mentalidad mágica. Uno de los rasgos que más les caracterizaban (enfrente ya de la generalidad de sus coterráneos) era el de que creían, a pies juntillas, en la facultad adscrita a ciertos seres humanos de transformarse en animales, de volar o de llevar a cabo otros actos de los que, en bloque, solemos llamar (sin saber por qué a veces) hechiceriles. Esto en una tierra que dio ser a las brujas y brujos que se dice tenían su conciliábulo en la cueva de Zugarramurdi y que fueron castigados en Logroño el año de 1610; tierra que fue asimismo teatro de los extraordinarios hechos contados por Pierre de Lancre, perseguidor fiero de los brujos del Labourd por el mismo tiempo. De Lancre, no contento con su actuación legal, publicó unos libros en que dejó memoria de sus experiencias y cuya lectura siempre producirá asombro.

Mi rincón familiar ocupa, pues, lugar de cierta fama en los anales de la Brujería europea.

Y a las impresiones vividas hubieron de sumarse las que me causó la lectura de los libros que acerca de la Brujería vasca en particular y la europea en general iba reuniendo mi tío, Pío Baroja, en aquella misma casa donde yo pasaba los veranos («Itzea», en Vera de Bidasoa) y entre otros los de Pierre de Lancre precisamente.

Entre 1931 y 1934, cuando aún no había cumplido veinte años, puedo decir que era un erudito en cuestiones de Brujería. Mas como les pasa a muchos eruditos (y también a muchos jóvenes) no comprendía gran cosa de lo que iba leyendo y anotando en papeles y cuadernos.

Vino luego la guerra de 1936. Los estudios universitarios y otras actividades me hicieron abandonar durante mucho tiempo, en un armario viejo, los apuntes redactados con una letra aún infantil y con arreglo a un pensamiento más infantil si cabe.

Alguna vez, sin embargo, me he ocupado de la Brujería vasca; de la española también. Pero la falta de línea y de pensamiento en mis apuntes juveniles, más amplios y generales, me quitaba el deseo de insistir sobre ellos, cuando se me ocurría sacarlos del viejo armario y repararlos durante algunas horas perdidas.

Hace pocos años, sin embargo, estando en Londres, compré varios libros modernos sobre Brujería. Los leí, volví a ocuparme del tema como si fuera cosa nueva. Después, requerido por un querido amigo y colega, que demuestra más fe en lo que puedo hacer que yo mismo, me he lanzado a la empresa de aprovechar parte de lo que reuní en otro tiempo, ajustándolo a un pensamiento actual.

La experiencia no es del todo agradable. Equivale a volver muchos años atrás y ver cuántos proyectos incumplidos, cuántas torpezas no superadas, cuántos trabajos marchitos constituyen la propia vida. Pero cada persona tiene su sino y cada libro también tiene el suyo, según dice la vieja sentencia. Una vez hechas las confidencias anteriores, voy a tratar de explicar brevemente el punto de vista que he adoptado al escribir éste, el método que he seguido en mi revisión, hecha de un golpe.

2. Cuestiones generales de método y forma

El título que he dado a este libro, *Las brujas y su mundo*, indica mi primer propósito, que es partir de la consideración de unos personajes concretos para centrarlos en el mundo que les rodea, mundo que, en cada época, también puede variar y de hecho varía bastante. En otras palabras, las brujas, según las creencias comunes, llevan a cabo una serie de acciones, en circunstancias históricas distintas, en países con una cultura diferente y con una estructura social que cambia.

Al cambiar su mundo circundante la bruja parece que ha de cambiar también de posición. Pero en realidad es un personaje muy igual a sí mismo, en tanto en cuanto existe. Y es, precisamente, al estudiar los cambios de la circunstancia en que se mueve, cuando nos damos cuenta del modo impresionante como cambian también en las mentes de hombres de sociedades distintas las *fronteras de la realidad* o, mejor dicho, de lo que se tiene por real. Este libro, escrito por un aficionado a los estudios de Historia social y de Antropología, sin pretensiones filosóficas, toca un tema que, directa o indirectamente, han tratado varios historiadores del pensamiento científico y filosófico, pero que creo aún es susceptible de investigaciones provechosas, porque la generalidad de aquéllos partieron de una consideración excesivamente esquemática del mundo imaginario frente al mundo real y siempre más sometidos a aquella idolatría ontológica de que hablaba lord Bacon de lo que ellos mismos pensaban.

La palabra *realidad*, como palabra expresiva de la totalidad de los objetos *materiales* existentes, y más aún el término *realismo*, como demostrativo de la fe en la existencia real de los objetos experimentados, tienen para el hombre ac-

tual, con una educación científica, un sentido que le han dado varios cientos de años de investigaciones y meditaciones, pero que puede hacernos errar al estudiar la noción de lo real en mentes sobre las que no gravitan aquellas investigaciones, que, en gran parte, fueron de carácter experimental, físico-natural y que, por otro lado, no están desprovistas de abstracciones problemáticas en cuanto a su realidad misma.

No voy a ponerme a discutir un asunto para el que no estoy preparado. Aquí he de procurar hacer ver, simplemente, cuál es la *idea de lo real en el mundo habitado por la bruja*, y aún más que esto, examinar lo que creen que es real aquellos que se consideran víctimas de ésta; porque se ha de advertir que la información que poseemos en punto a Hechicería, y sobre todo Brujería, es mucho más abundante del lado del *que cree en brujas* que del lado del *que se cree a sí mismo brujo o bruja*.

Esta distinción es de incalculables resultados desde el punto de vista de nuestra investigación, porque el problema de la Brujería se tiene que esclarecer, en gran parte, examinando la conciencia del que se juzga víctima de los brujos y brujas, no la de éstos, y es un problema de sociedades dominadas por un miedo particular, no de individuos plenamente convencidos de su poder.

Nuestras averiguaciones se extenderán a dos campos de observación. Uno representado por sociedades actuales, otro por sociedades de épocas pasadas. Éste es un libro histórico en esencia. Pero, aparte de contener algunos capítulos finales con datos relativos a personas y comunidades actuales, se ha nutrido de las experiencias de los antropólogos modernos, lo cual le da un carácter relativista que no gustará a muchos y sobre el que he de decir también algo.

En bastantes libros del siglo XIX y parte del XX se estudia la Brujería europea en función de sus relaciones con el Cristianismo, cosa que no deja de tener su base profunda, como se verá. Pero hay que advertir que dentro del Cristianismo los pareceres sucesivos y aun simultáneos de personalidades de máximo relieve con respecto a los actos mágicos y hechiceros, general o particularmente considerados, han sido muy variados, de suerte que no puede hablarse, al tratar de los hechos concretos que se van a estudiar, de una *interpretación cristiana única* de ellos, resultando contingentes y circunstanciales bastantes de las medidas que se dan como absolutas y emanadas de ciertas autoridades, en nombre de la misma Religión cristiana. Católicos de la Edad Media más antigua y católicos de la Edad Media más moderna disintieron entre sí al examinar ciertos asuntos de Magia; después, entre los protestantes también hubo hondas divergencias de opinión y, en suma, el problema se planteó muchas veces como un problema de tipo filosófico y jurídico en el que la base teológica juega gran papel (nadie lo ha de poner en duda), pero acaso no tan grande como otros factores. Deben tenerse, así, muy en cuenta, tanto o más que las teorías de los teólogos, las situaciones de hecho en que se vieron las sociedades sometidas a la creencia en el poder de magos, brujos y hechiceros, en épocas malas de guerra, enfermedades y otras calamidades, y los mismos rasgos estructurales de la sociedad en que se practica la Magia (incluso aberraciones psíquicas profundas) para *comprender* el problema en su totalidad.

Era muy fácil a fines del siglo XIX criticar a inquisidores, jueces y autoridades por sus actuaciones frente a la Brujería. Pero los que guiados por un espíritu laico, racionalista y un poco anticlerical censuraron severamente a aquellos perso-

najes poco simpáticos en verdad (como lo son todos los que tienen que administrar justicia en asuntos problemáticos) debieron examinar con más cuidado las características de las personas y de las masas sobre las que hacían aquella justicia despiadada. Y entonces, ya que no una justificación plena de ella (el historiador no tiene por qué justificar nada contra lo que es hábito descomedido), hubieran encontrado una «explicación»: del mismo modo que el antropólogo moderno, al estudiar casos parecidos en sociedades tales como la tobriandesa (objeto de las luminosas averiguaciones de Malinowski) o la de los azande del África oriental (que, a su vez, lo ha sido de los profundísimos estudios de Evans Pritchard), halla que las actuaciones de los magos, brujos y hechiceros y las de la sociedad en que viven se compenetran de modo tal que es imposible pedir a aquéllos o a éste respuestas que estén fuera de aquel *orden*: orden *social*, tanto o más que orden de *ideas* y de *nociones religiosas e intelectuales*.

Porque para que se den la bruja, o la hechicera, o el mago (cada cual con sus atributos respectivos), tienen que existir unas estructuras particulares con arreglo a las cuales funciona la sociedad. Al dar a mi libro el título que le he dado, he procurado subrayar mi interés por este problema *estructural*, por no decir *funcional*, ya que la primera palabra parece estar ahora más en boga que la segunda y ya que también los llamados funcionalistas en el campo de la Antropología han simpatizado poco con los que estudiamos temas como éste desde un punto de vista que llamarían de anticuario, no sin cierto desdén. Creo, sin embargo, que hoy día estamos en situación de hablar de algo que podría llamarse «estructuralismo» o «funcionalismo histórico». Pero no es cuestión de hacerlo ahora. Sólo indicaré que a lo largo de esta historia particular los problemas de estructura se presentarán una y